

Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile.

MARCO ANTONIO LEÓN LEÓN*

“UN SIMPLE TRIBUTO DE AMOROSA FE”:
LA CELEBRACION DE LA “FIESTA DE LOS DIFUNTOS”
EN SANTIAGO DE CHILE, 1821-1930

ABSTRACT

This article studies the principal forms of “social contact” created in the cemeteries of Santiago in the remembrance of the dead on November 1st., All Saints’ Day. A review of the press and contemporary descriptions show the secular and religious attitudes of the inhabitants of Santiago in the General and Catholic Cemeteries since 1821, when the former was inaugurated, and 1930 when the cemeteries lose their consecrated character. It is possible to distinguish two kinds of celebrations: the first one, of a popular nature, took place outside the General Cemetery and had a festive character with singing and dancing as a way to evade the grief at the loss of a beloved one, the other involved a collective visit to the cemetery to pay posthumous homage to the deceased person or express continued love. Both forms of celebrating All Saints’ Day provide an unexplored line of research to understand the behaviour of the living towards the city of the dead.

INTRODUCCIÓN

Los espacios de encuentro que configuraron los cementerios de Santiago durante el siglo pasado e inicios del presente, constituyen una importante vía de acceso para estudiar ciertas formas de convivencia que se desarrollaron en los diferentes estratos sociales de la capital. Las referencias que poseemos de una “sociabilidad mortuoria”, desarrollada en los camposantos desde el siglo XIX, apuntan principalmente al Cementerio General, que suele ser el establecimiento que más “huellas” ha dejado para la memoria escrita de las generaciones posteriores, aunque también cobre su protagonismo, después de 1883, el Cementerio Católico de Santiago.

* Profesor del Departamento de Historia de Chile y América. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile.

Los nuevos estudios dedicados al tema de la sociabilidad se han encargado de revalorizar el papel de los "lugares comunes", es decir, de aquellos espacios que, más allá del tiempo, reúnan y congregan aún a los individuos en situaciones espontáneas o determinadas. Uno de los investigadores más destacados en este campo, el francés Maurice Agulhon, ha hecho ver la gran variedad de aspectos que pueden abordarse en este sentido, junto con indicar que esta línea de investigación ha sido de gran utilidad para redescubrir, historiográficamente, la vida cotidiana de las sociedades de antaño.¹

Siguiendo de cerca los postulados de Agulhon, podemos intentar un acercamiento a las actitudes y comportamientos de la población santiaguina, y a su especial relación con la ritualidad del camposanto durante la fecha clave en la celebración de los difuntos: el día 1 de noviembre.

Para la realización de nuestros propósitos, concentramos el análisis en la ciudad de Santiago, por estimar que esta urbe, sin lugar a dudas, refleja de mejor manera los patrones colectivos frente a tal acontecimiento. Con esto no desconocemos las posibles variaciones locales del ritual, pero no es menos cierto que las características presentes en la capital se reproducen, en esencia, en la mayor parte del territorio nacional. Respecto a nuestras fuentes, ellas se concentran de preferencia en los comentarios vertidos por los contemporáneos, a través de sus escritos personales, o en las crónicas aparecidas en los periódicos de la capital para informar sobre el desarrollo de tal festividad.

Hemos tomado, asimismo, como fechas referenciales, la creación del Cementerio General, en 1821, y los inicios de la década de 1930, período en donde ya se hacen evidentes numerosos cambios en la cultura material y mental que afectaron, de igual forma, la romería anual a los cementerios de Santiago. Es en este escenario donde se reúnen la permanencia y el cambio, así como lo sagrado y lo profano, aspectos que en su totalidad permiten una mirada diferente, nostálgica y retrospectiva, hacia estas hoy día olvidadas "ciudades de la muerte".

1. LA FIESTA PROFANA: UN ACERCAMIENTO AL SENTIMIENTO POPULAR

La serie de festejos que comenzaron a vincularse con los cementerios de Santiago se iniciaron con la inauguración oficial del Cementerio General el 9 de diciembre de 1821. El espectáculo, quizás imposible de reconstruir en sus reales magnitudes, dio pie para que las celebraciones del poder regente y del pueblo se conjugasen en esa oportunidad:

¹ Maurice Agulhon, "La sociabilidad como categoría histórica", en A.A.V.V. *Formas de sociabilidad en Chile, 1840-1940*. Fundación Mario Góngora-Editorial Vivaria, Santiago, 1992, 7.

"Las tropas de la guarnición de Santiago, luciendo sus mejores galas y sus relucientes armas, desde temprano se apostaban frente a la entrada del Cementerio. Los hábitos de los frailes, tradicionales de lejanas épocas, con sus amplias capas flotando al aire y las sotanas de violáceos tonos de los prelados, daban al lugar y a la vista sinfonía de colores dentro del marco popular de los demás ciudadanos. Las autoridades del Gobierno llegaban presurosas a la fiesta. El pueblo pululaba por doquier con el secreto afán de no perder detalle del acontecimiento. Con el polvo de media jornada sobre sí, las carretas venidas desde las lejanas villas y villorrios buscaban expectable ubicación, acicateados sus bueyes por huasos descalzos".²

La noticia de la apertura del Cementerio se convirtió en una gran novedad, principalmente para los habitantes de los sectores cercanos a Santiago, los cuales se apresuraban a emprender el viaje en caballos o carretas familiares para disfrutar de la ocasión. Asimismo, como en toda celebración de importancia, se podía presumir que tal evento finalizaría en una fiesta encargada de alegrar tal acontecimiento.

Como se suponía que las festividades podían extenderse más allá de cierto límite, la gente llegó preparada, quitando al lugar el silencio que hasta entonces lo había caracterizado y dando viva expresión al intercambio de ideas, historias, emociones o simples chismes al calor de una fogata, de un trago de alcohol y, por supuesto, de una buena comida, elementos todos infaltables en estas situaciones.

"Poco a poco el cuadro va avivando sus colores y el griterío de los chiquillos rompe por primera vez el silencio en el ámbito de aquellos lugares. Chamantos multicolores, floreadas percalas y ampulosas chupallas se movían de un lugar a otro entre el polvo del tráfago de carretas y caballos; los bueyes uncidos a los yugos descansaban junto a las carretas descolgadas de sus pértigos. Poco a poco la gente acondicionaba sus improvisados campamentos. Leves columnas de humo se elevaban desde los improvisados fogones".³

El espectáculo, compendio de alegría, curiosidad e imaginación, se vio acompañado, como acto de la autoridad, por la marcha de las tropas, el sonido inconfundible de los cañones, las marchas militares, las salvas y los repiques de la ciudad, creando un espacio sonoro que quedaría grabado en la colectivi-

² Juan Blumel Ancán. *Síntesis histórica del Cementerio General de Santiago*. Manuscrito inédito, 70.

³ *Op. cit.*, 71.

dad asistente, como muestra de la pompa cívica que podía presentarse en tales eventos. Dicha idea fue perspicazmente apuntada por Vicuña Mackenna años más tarde:

“El ruido es una de las señales de mayor regocijo inventadas por el ingenio humano para el gobierno de la muchedumbre. Sin pólvora i sin campanas, Chile sería hoi mismo solo un vasto cementerio”.⁴

Se hicieron también presentes las autoridades del Gobierno y la Iglesia, encabezadas por el Director Supremo, Bernardo O’Higgins, y por el Obispo de Santiago, José Santiago Rodríguez Zorrilla, férreo opositor al régimen republicano y con el cual se había llegado a una tregua momentánea en los instantes previos a la celebración.

La ceremonia de bendición del terreno, y los infaltables discursos públicos, lograron dar mayor solemnidad a este acto, el cual se prolongó hasta bien avanzada la tarde. Mientras los asistentes venidos de lejos se encargaron de disfrutar del día para entretenerse y consumir, junto a las tapias del inaugurado cementerio, las vituallas que habían traído para el camino.


Las expresiones generales de alegría y júbilo se concentraron especialmente en los ánimos de quienes convirtieron este día en una fiesta más del hasta entonces nutrido calendario religioso, revistiendo así al acontecimiento de un carácter lúdico, usual en quienes veían esta diversión como parte integrante de sus respectivos códigos culturales.⁵

La mentalidad festiva que se configuró en los alrededores del camposanto comenzó poco a poco a tomar fuerza durante el transcurso del siglo. Al convertirse el 1 de noviembre en la fecha obligada de visita a los difuntos durante el siglo XIX, continuaron presentándose estos despliegues de exacerbada alegría y diversión popular en las afueras del cementerio, con un desarrollo independiente de la propia romería que conmemoraba a los extintos.

Tanto las celebraciones externas del cementerio como las romerías en su interior, se convirtieron en ocasiones especiales para abandonar la cotidianidad propia del resto de los meses del año, pues las “fiestas de difuntos” permitían el encuentro con el resto de la comunidad en un contexto diferente. Se buscaba salir de la “vida diaria” y entrar a otro tiempo y espacio que el alcohol, la co-

⁴ Benjamín Vicuña Mackenna, “La ciudad de los muertos”, en *Chile. Relaciones históricas*, Rafael Jover, editor. Santiago, 1877, 17; *Reminiscencias históricas de los cementerios de Santiago*, Imprenta Artística, Santiago, 1943, 5.

⁵ Johan Huizinga, *Homo ludens*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, 63. El autor explica la importancia de “lo lúdico” dentro de los componentes de la cultura, en donde la comunidad, a través de este aspecto, expresa su interpretación personal de la vida y del mundo.

mid  las conversaciones con los amigos, improvisados o de parranda, ayudaban a crear.⁶ Este era un “quita penas” popular, con un lugar reservado para aquellos que deseaban ahogar sus amarguras o enmascarar el dolor con el brindis pasajero de un trago de vino o chicha.

Por otro lado, la vida alternativa que se creó en torno a chinganas y otros establecimientos dedicados a la venta de comida y bebida, mostró ser un fenómeno de bastante duración en el tiempo, aceptado incluso en un principio por las autoridades. Sobre este punto, las impresiones de Vicuña Mackenna entregan algunas referencias sobre el particular.

“Bailes, chinganas, saraos al aire libre i chicha sin tasa ni medida eran los atavíos de aquel sacrilejio, que el hábito araucano de la celebracion cotidiana de los *anjelitos* hacia mirar con cierta indiferencia. I lo que parecerá verdaderamente increíble en el presente día, el Gobierno, hasta cierto punto, fomentaba i se suscribía a aquellas saturnales”.⁷

El respaldo oficial hacia las festividades había encontrado su expresión en un decreto del 11 de diciembre de 1834, que señalaba:

“(…) el tesoro del Panteon debe cubrir los 28 pesos que en la *funcion del día de ánimas* se invirtieron en música i *tambores*”.⁸

Sin embargo, aunque el Gobierno amparó estas diversiones fúnebres en un principio, ello no implicó necesariamente que estuviese de acuerdo con las exageraciones que, a lo largo del siglo, se reprodujeron más a menudo.

La primera impresión que se tuvo de estos irreverentes festejos la traducían bien descripciones como la siguiente:

“Desde temprano, llegaban los deudos a postarse en las inmediaciones del Cementerio en toda clase de medios: carretas, coches, a pié o a caballo, todos provistos de las vituallas correspondientes y características de su condición social. Vihuelas y arpas anunciaban el día de fiesta. Ya días antes de la fiesta se instalaban fondas y ramadas.

Los contornos del Cementerio adquirían la más pintoresca animación. El zapateo incesante de las cuecas resonaba junto a los murallones impugnado por los brindis

⁶ Sobre el carácter evasivo de la fiesta en la cotidianidad, Odo Marquand, “Pequeña filosofía de la fiesta”, en Uwe Schultz (ed.), *La fiesta. Una historia cultural desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, 360.

⁷ Benjamín Vicuña Mackenna, *op. cit.*, 66.

⁸ Citado por Benjamín Vicuña Mackenna. *Ibid.*

del vino y del aguardiente que se bebía (...) por doquier. Los vendedores ambulantes en canastas pregonaban las ricas empanadas, emparedados y alfajores para los chiquillos. (...) Entre la abigarrada muchedumbre se confundían hombres y bestias, mujeres y niños y el infaltable perro como complemento familiar. ¡Sólo las tapias del Camposanto separaban la vida plétórica de alegría y goces, del silencio secreto de la muerte!”⁹

Las críticas contra los excesos se hicieron más frecuentes y el Estado comenzó a restringir las libertades festivas que otorgó en un comienzo a quienes participaban de estas celebraciones. El hecho de que fuese la autoridad gobernante la alentadora de estas fiestas tan particulares parece bastante discutible si pensamos que paralelamente dicha autoridad se encargó de hacer sentir su injerencia sobre el espacio público en otros lugares del país. Por ello, las festividades que involucraban, al igual que en la capital, la construcción de chinganas o ramadas propensas a ser generadoras de alborotos, fueron reguladas y limitadas en sus transgresiones al orden público.¹⁰

Por supuesto, una cosa fueron las ideas que la autoridad expresó y otra muy distinta la aplicación directa en el medio que generó la medida. De allí que los festejos continuasen a pesar de las quejas de muchos vecinos y de otros contemporáneos, que claramente se hicieron partícipes en mostrar su disconformidad con estos hechos. Con el transcurso de los años, no faltaron quienes vieron en estas celebraciones una degeneración del ritual mortuorio, que tomaba características penosas para los deudos y observadores.

Hacia 1865 el religioso dominico Carlos Emilio León criticaba igualmente los excesos a que había dado origen la celebración del 1 de noviembre:

“Entre nosotros, las visitas al cementerio en el día de las Animas, es una costumbre tan antigua como sagrada, bien es cierto que no hace mucho tiempo, la jente del pueblo, en cuyo corazón no estaba mui arraigada la educacion relijiosa, había convertido este luctuoso día en un día profano, insultando el recuerdo de los que fueron, con sus inmundos excesos e ilícitas diversiones, *hasta llamarle el diez i ocho de las Animas*. Esta costumbre anticristiana ha desaparecido completamente, mediante los progresos de la ilustracion relijiosa del pueblo, i el celo del administrador de nuestro cementerio, instituyéndole el respetuoso entusiasmo por adornar los sepulcros con brillantes i lucidas coronas, i con hermosas i fragantes flores.

⁹ Juan Blumel Ancán, *op. cit.*, 83.

¹⁰ Las restricciones festivas en la zona norte del país durante las primeras décadas del siglo XIX, han sido revisadas por María Angélica Illanes, “Entre-muros”. *Una expresión de cultura autoritaria en Chile post-colonial*, Contribuciones FLACSO, N° 39, Santiago, agosto de 1986, 9.

Este testimonio de veneración a las cenizas de nuestros hermanos nada tiene de reprochable i aun será mas digno, si se agregan algunas flores cristianas plantadas en el corazón del oferente".¹¹

Sin embargo, las celebraciones que el religioso León creía extintas continuaron presentándose durante el resto del siglo. Así, diez años más tarde, otro contemporáneo volvía a señalar que la conmemoración se había convertido en una fiesta profana:

"..., en una orjía inmensa, escandalosa, hirviente, que se hacia alrededor de las tumbas. El arpa i la guitarra, las mujeres i el ponche, producian una embriaguez contajiosa, una especie de locura que hacía bailar a los viejos i apagaba los tintes del rubor en las frescas mejillas".¹²

Las ideas despectivas seguían por lo demás ratificando situaciones comunes que burlaban las normas de la policía, encargada de acabar con este tipo de desórdenes que, por lo demás, volvían a repetirse año tras año:

"Por este motivo la espaciosa avenida de la Cañadilla, que conduce al cementerio, se veía el 1º de noviembre invadida por carretas llenas de hombres i de mujeres engalanadas, que conducían consigo arpas y guitarras, damajuanas con licor, silletas, canastos llenos de fiambres, pedazos de estera i de alfombra i todo cuanto habían menester, no para honrar a los santos ni orar por los difuntos, sino para pasar el rato alegremente después de cumplido el sagrado deber de visitar el cementerio. Con tales preparativos i hechos en tan inmensa escala, las orjías se prolongaban hasta horas avanzadas de la noche i los hospitales se llenaban de heridos procedentes de dichas orjías".¹³

Las medidas de los organismos políticos y sanitarios se hicieron presentes en estos espectáculos, castigando duramente a quienes después de cumplir su misión, visitando a los difuntos, terminaban integrando la "remolienda" en las afueras del cementerio. La situación se hacía más crítica si consideramos que tales festejos se extendían desde las postrimerías del día 31 de octubre hasta bastante avanzada la noche del 2 de noviembre, el verdadero día de los muertos.

¹¹ Carlos Emilio León, *Visitas al cementerio i modo de orar sobre la tumba de los muertos*, Imprenta del Correo, Santiago, 1865, 5-6.

¹² José M. Torres Arce, "El Cementerio en el día de Todos los Santos", en *Revista Chilena*, Tomo II, 1875, 157.

¹³ *Op. cit.*, 157-158. Referencias a las restricciones de la autoridad en Juan Blumel Ancán, *op. cit.*, 84.

La prensa proclive a las ideas católicas también estuvo en contra de estas ramadas y fondas que, con su alboroto, perturbaban la paz de los sepulcros. El periódico *El Chileno* señalaba en este sentido que:

“Este año volveremos a tener fondas en las vecindades del cementerio. Pero ya que no es posible impedir la existencia de individuos que de todo hagan vil negocio, esfuércense los obreros honrados en no contribuir a sus ganancias en lo que ménos.

Que solo los libertinos de profesión, los que miran en las ceremonias de los muertos motivos para orjías, i zandungas, sean los que entren en sus fondas. Los obreros catolicos deben de ese modo probar cuanto significa para ellos el recuerdo santo de los difuntos”.¹⁴

¿Cuándo decayó este tipo de celebraciones? No podemos hablar con seguridad de una fecha de extinción precisa, pero el declive de esta particular manera de “festejar” el “último adiós” comenzó a perder fuerza para fines del siglo pasado. El costumbrista Justo Abel Rosales, junto con señalar las sanciones de la policía, introducía igualmente una noticia macabra que de seguro pudo ayudar a terminar con este particular “negocio de la muerte”:

“Las orjias antes mencionadas fueron cayendo en desuso a fuerza de los escándalos que por ellas se producían, hasta que la autoridad tomó prudentes i oportunos remedios. Aun ahora quedan restos de esas bacanales en las cuales solía llegarse hasta el sacrilejio, pues en la confección de las buscadas empanadas o pequeses se empleaba nada menos que carne de difunto... segun se comprobó en una ocasión”.¹⁵

Por esto suponemos que dichas festividades pasaron con el tiempo lentamente a transformarse sólo en esa bulliciosa venta de flores que hoy conocemos,¹⁶ lo que quitaba el carácter morboso e irreverente que se criticó para estas ocasiones.

Las proyecciones de tales festejos colectivos irrumpieron también en la memoria de quienes se dedicaron muy posteriormente a realizar la crónica del barrio Recoleta, como fue lo acontecido con Carlos Lavín, quien señalaba al respecto:

¹⁴ *El Chileno*. 1 de noviembre de 1888.

¹⁵ Justo Abel Rosales, *Historia i tradiciones del Cementerio Jeneral de Santiago*, Imprenta Victoria, Santiago, 1890, 17.

¹⁶ René León Echaiz, *Diversiones y juegos típicos chilenos*, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago, 1974, 87-89.

“Otros vestigios de la Alta Colonia se sorprenden en el Callejón del Panteón (calle Unión), especialmente en el pilar de ángulo de la casa que hace esquina con la Cañadilla, foco de un sector de fondas y tabernas donde se celebraba tan profana como ruidosamente la festividad de Todos los Santos”.¹⁷

¿Qué ideas o contenidos estaban detrás de estos festejos?, ¿eran sólo las simples orgías de las que hablan los textos o significaban algo más para sus participantes? Las interpretaciones que podemos realizar son múltiples, ya que el afán comercial, el deseo de escapar del dolor sumergiendo los pensamientos en una gota de alcohol, el mostrar que la vida y la muerte debían ser asumidas con resignación y alegría, o sólo buscar un pasatiempo para romper con la monotonía de los días; pudieron haber sido los motivos que, en forma individual o colectiva, impulsaron las exacerbadas emociones populares.

Por lo demás, el ánimo de mezclar la alegría con el dolor no siempre debe comprenderse como el resultado de formas grotescas, pues en otras latitudes se observa, asimismo, un conjunto de prácticas y ceremoniales que conjugan la risa y el llanto hacia los difuntos, sin caer en descalificaciones por parte de las autoridades. Esto último es lo que acontece en México con la celebración del “Día de los muertos”, fiesta que recoge igualmente el rico legado indígena en relación al ritual mortuario.¹⁸

De esta forma, y moviéndonos en el plano de la larga duración, las manifestaciones populares del camposanto, que más que mal terminaron por reunir a las ciudades de muertos y vivos en lugares comunes,¹⁹ cumplieron así la función de entregar una importante cuota de solidaridad para quienes llevaban el pesar de la muerte de algún ser querido, y sólo esperaban rehuir de esos pensamientos a través de una fiesta pasajera.

2. LA ROMERÍA COLECTIVA: EL DÍA DE TODOS LOS SANTOS

Los estudios generales que existen sobre el tema de la muerte han incorporado como un hecho significativo el nuevo ritual mortuario que surgió a partir del traslado de los cementerios fuera de las ciudades: la visita a los muertos.

¹⁷ Carlos Lavín, *La Chimba (del viejo Santiago)*. Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1947, 75.

¹⁸ Paul Westheim, *La calavera*. F.C.E., México, 1992, 82 y ss. El autor contrapone la actitud mexicana de asumir la muerte frente a la europea, donde normalmente se presentan elementos trágicos y rupturistas que hacen ver al fin existencial como un momento cargado de dolor y llanto.

¹⁹ Michel Vovelle, *Ideologías y mentalidades*. Editorial Ariel, Barcelona, 1985, 154.

En realidad, las festividades relacionadas con el recuerdo de los difuntos existían desde épocas ancestrales, aunque el carácter que cobraron durante el siglo pasado originó las peculiaridades básicas de lo que es el ritual hasta el presente.

La historia de la "fiesta de los difuntos", como un lugar de encuentro entre deudos y parientes —reunidos por la idea de recordar a aquellos que emprendieron su viaje al otro mundo—, fue el legado de un conjunto de creencias populares paganas que, si bien no iban en contra de las disposiciones del dogma católico, lograron al menos influir la liturgia y la oración de la Iglesia.²⁰

En los inicios de la cristiandad, la Iglesia Católica celebraba sólo el culto a los mártires, al que después se adhirió el de los confesores y las vírgenes. No obstante, el mundo celta solía festejar anualmente a los difuntos los últimos días del mes de octubre, lo que impulsó a las autoridades eclesiásticas a fijar una fecha para esta misma ocasión y depurarla así de cualquier resabio de paganismo y superstición.²¹

La Iglesia decidió, por tanto, incorporar a su calendario religioso el día 1 de noviembre para recordar a los santos y honrar sus acciones, aunque no se incluyó la conmemoración de los difuntos. La nueva fiesta eclesial fue establecida en la ciudad de Roma por el Papa Bonifacio IV, consagrándola en el año 607 en el templo del Panteón, lugar de culto y honor a los héroes y dioses paganos, pero que constituía a la vez un lugar sincrético de formas y contenidos religiosos.

Si bien la fiesta del 1 de noviembre se estableció para rendir culto a la Virgen y a los santos más renombrados, fue el Papa Gregorio IV quien extendió dicha celebración a todos los santos del cielo. Para esta última decisión se tomaron en cuenta tres razones fundamentales:

1) Reparar lo que la fragilidad humana hubiese olvidado por ignorancia o descuido en las fiestas particulares de los santos.

2) Alcanzar, por la poderosa intercesión de todos los santos juntos, las gracias que se habrían de necesitar.

3) Animarse en la imitación de las virtudes de los santos, para alcanzar el premio de la eterna gloria.²²

Durante la Edad Media, y bajo la influencia de la reforma de Cluny, se incorporó la celebración a los fieles difuntos el día 2 de noviembre, oportunidad en la cual la Iglesia se encargaba, asimismo, de rezar por las ánimas del

²⁰ J. Foillet, "Fenomenología del duelo", en Groupe Lyonnais d'études médicales, *La muerte y el hombre del siglo XX*, Editorial Razón y Fe, Madrid, 1968, 163.

²¹ *Ibid.*

²² *El Chileno*, 1 de noviembre de 1906.

Purgatorio.²³ De este modo, ambas festividades se vincularon con sólo un día de diferencia, continuando con su valor sagrado hasta la actualidad.

¿Cuándo se estableció el 1 de noviembre como la fecha obligada de visita a los muertos? En rigor, si tal festividad se había fijado el día 2 de noviembre, era lógico que las visitas se hubiesen hecho en ese día. Sin embargo, y aquí entramos en el terreno de la especulación, la “fuerza de la costumbre” trasladó esta práctica para el día de Todos los Santos, es decir, el día 1.

Los orígenes de este traspaso de identidad no quedan claros, pues incluso las opiniones sobre estos difusos comienzos no fueron adecuadamente planteadas ni siquiera por los comentarios de la prensa del período, en su afán de informar a los lectores algo sobre la historia de esta festividad religiosa:

“El día consagrado por la Iglesia para la conmemoración de los difuntos, como dice la liturgia, es el 2 de noviembre, pero la costumbre ha querido que sea este día 1º cuando se visiten los Cementerios y se adornen con flores las tumbas.

En realidad, también puede explicarse esta costumbre sin salir del credo católico, porque hoy se celebra la fiesta de ‘Todos los Santos’, es decir, el dogma de la ‘Comunión de los Santos’ que reúne en una forma muy bella la doctrina católica sobre las relaciones entre vivos y muertos (...).

(...) Y es lo hermoso y poético de este dogma, lo que hace un incomparable resumen de la creencia universal de unión entre los que partieron y los que aún luchan, que según esta doctrina los merecimientos de éstos aprovechan a aquellos y los ruegos de los que ya descansan en luz, sirven a los que militan en las sombras, y así la humanidad pasada y presente está unida por el amor”.²⁴

Como se puede apreciar, no se entregan mayores detalles respecto de los motivos de este cambio de función, pero sí es cierto que ya desde estos remotos años comenzaron a vincularse las ideas de veneración a los santos y conmemoración de los difuntos, principios que adquirieron su propio significado dentro del espacio sagrado de la Iglesia. Fue allí donde el deseo de comunicarse con la divinidad y con los santos se mantuvo unido al de reencontrarse simbólicamente con los difuntos y rezar por la salvación de sus almas. Las identificaciones entre santos y difuntos, o esta comunión entre vivos y muertos, se convirtió en una relación cargada de connotaciones sacras para el imaginario colectivo de Santiago.

²³ El concepto de Purgatorio ha sido revisado historiográficamente por el excelente estudio de Jacques Le Goff, *El nacimiento del Purgatorio*, Taurus Ediciones, Madrid, 1989, pássim.

²⁴ *El Mercurio*, 1 de noviembre de 1921.

Los vínculos de fieles y difuntos, si bien mantuvieron su esencia, empezaron a verse afectados a medida que los siglos transcurrían y se colocaba la influencia social de la Iglesia en un segundo plano, por parte de las autoridades estatales. Ya desde la segunda mitad del siglo XVIII, se inició un paulatino proceso de exclusión de la muerte de la vida cotidiana de las ciudades, proceso que encontró su mejor reflejo en la erradicación de los entierros en las iglesias y en la construcción de los cementerios "extramuros", creando así una nueva necesidad: la de establecer un contacto físico con el difunto segregado a las afueras de la ciudad.

Este proceso de exclusión del cementerio modificó la sensibilidad hacia los difuntos, pues al no estar asociados ya directamente con las iglesias, los cuerpos de los extintos pasaron a cobrar una nueva valoración. La familiaridad de ir a rezar por los muertos, y de compartir el mismo espacio sagrado, se vio alterada por la clara separación física entre los lugares de oración y reposo, lo que implicó modificar la noción que se tenía hasta entonces del espacio físico en general. Se debió, por tanto, preparar la "visita" al cementerio como un acontecimiento particular. Se modificaron las distancias, ya que el cotidiano viaje a misa fue reemplazado por un trayecto especial a los confines de la ciudad, cambiando entonces las referencias espaciales establecidas durante siglos para acceder al recuerdo del ser querido.

La noción de tiempo también experimentó variaciones, pues en la medida que la iglesia parroquial dejó de ser el punto de encuentro entre vivos y muertos —a través de la temporalidad litúrgica—, se establecieron normas diferentes para acudir a los cementerios, ya que los horarios de visita a los difuntos se restringieron a las horas de atención que fijaron los respectivos establecimientos mortuorios. Del tiempo religioso, vivido por los fieles al interior del templo, se llegó a un tiempo mecánico que rutinizó las romerías al cementerio.

Por otro lado, de acuerdo a la caracterización de Philippe Ariés, el siglo XIX desarrolló también un particular culto al cuerpo que reemplazó progresivamente la valoración del alma que las autoridades de los siglos anteriores habían mantenido en su discurso. Esto motivó que la figura del extinto pasara desde entonces a cobrar mayor importancia, tanto dentro del ritual funerario como en su recuerdo posterior por familiares y amigos, los cuales comenzaron a recordar su imagen a través de los simbolismos propios de las nuevas tumbas en los cementerios.²⁵

Valoración del cuerpo y modificaciones en el espacio y tiempo, se convirtieron en los aspectos más característicos de este nuevo rito social que signifi-

²⁵ Philippe Ariés, "Contribución al estudio de los muertos en la época contemporánea", en *La muerte en Occidente*, Editorial Argos Vergara, Barcelona, 1982, 130.

có la visita al cementerio, como muestra, de acuerdo a Ariés, de los orígenes laicos y racionalistas de esta renovada forma de celebrar la festividad de los muertos.²⁶

El ya visible proceso de “sentimentalización de la muerte” durante el siglo XIX,²⁷ y el desarrollo del culto a la tumba como punto de encuentro de la memoria de los vivos en relación a la dignidad de los extintos, configuraron una sensibilidad diferente que deseaba interpretar la adhesión y cariño de los deudos hacia los que ya no estaban presentes. Este proceso se logró a través del establecimiento de un ritual de respeto y recuerdo como fue la visita al camposanto. Este rito decimonónico fue promovido por la Iglesia Católica, pero, además, tomó un significativo impulso gracias a los sectores laicos que, al asociar el nuevo espacio de la muerte (cementerio “extramuros”) con las ideas de gloria, inmortalidad de la imagen y perennidad de la memoria, se adhirieron a este culto contemporáneo.

De acuerdo a lo señalado por la investigadora Anne Martin-Fugier, la que analizó el caso mortuorio francés, en la revitalización del culto al cementerio se habrían conjugados tres influencias:

“*Los positivistas*, por una parte, preconizaron el culto de los muertos como un elemento de civismo: ‘La tumba desarrolla el sentimiento de la continuidad de la familia, y el cementerio, el sentimiento de la continuidad en la ciudad y en la humanidad’, escribe Pierre Laffitte en 1874. Por otra parte, *los católicos* adoptan el culto de los muertos como si lo hubiesen practicado siempre. Actitud paradójica, porque, un siglo antes, la Iglesia había sido responsable en parte del desafecto hacia los cementerios. Afirma entonces que los despojos mortales no importaban demasiado y que lo que contaba era la vida eterna. Finalmente, *la ciencia* no dejó de manifestar su punto de vista: se demuestra que no hay ningún peligro en el hecho de que los vivos habiten en las proximidades de un cementerio y que las influencias mefíticas denunciadas un siglo antes no son más que supersticiones”.²⁸

²⁶ Los orígenes laicos de este nuevo culto a los muertos han sido revisados por Philippe Ariés, quien señala: “(El cementerio). Se va convirtiendo en un lugar de conmemoración, de piedad y recogimiento, responde ahora al sentimiento familiar, ya no es sólo un depósito de cuerpos”. Cf. *El hombre ante la muerte*, Taurus ediciones, Madrid, 1987, 410.

²⁷ Sobre este proceso, cf. Donald M. Lowe, *Historia de la percepción burguesa*, F.C.E., México, 1986, 180.

²⁸ Anne Martin-Fugier, “Los ritos de la vida privada burguesa”, en Philippe Ariés y Georges Duby (eds.), *Historia de la vida privada. Tomo 7. La Revolución francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa*, Taurus ediciones, Madrid, 1990, 233. El destacado es nuestro.

Este proceso pudo mostrar sus variaciones en la realidad chilena, pero en general el sentimiento que los cementerios representaron como espacios de significación para católicos y disidentes, fue un hecho ya evidente para la sociedad santiaguina del siglo XIX. Prueba de esto último, eran los comentarios expresados por el periódico *La Estrella de Chile*, de orientación católica, en el cual se resumían las connotaciones que traía consigo la visita anual a los difuntos:

“Es piadosa i poética la costumbre cristiana que nos hace volver una vez cada año el pensamiento hacia tantos objetos amados. Sobreponiéndonos al olvido cotidiano, vivimos por breves horas con los que en otro tiempo nos acompañaron en el camino de la vida, consagrándoles el frio homenaje del recuerdo”.²⁹

No obstante, eran además otros elementos los que otorgaban al cementerio una singular valoración por parte de los fieles, pues la Iglesia Católica se había encargado de establecer desde sus inicios que el camposanto constituía para la sociedad la expresión externa de tres dogmas: la inmortalidad del alma, la resurrección de la carne y la comunión de los santos. Por esto se entendía que el cementerio no era sólo un lugar de reposo, sino también un espacio de esperanza y de vinculación con la divinidad:

“La sublime convicción de la inmortalidad del alma rodea las tumbas de un prestigio religioso. Si la memoria del individuo perece para la turba indiferente, los que lo amaron se detienen mas de una vez sobre su sepulcro. (...)

El cristianismo vela sobre las tumbas. No las esparce como la civilización romana en los bordes de los caminos, sino que las agrupa en lugar consagrado por sus bendiciones, i bajo las ramas tutelares del árbol de la Cruz”.³⁰

El significado religioso que concentró el cementerio extramuros fue poco a poco víctima de la progresiva secularización de las costumbres y de la laicización de las instituciones que se hizo sentir con más fuerza a partir de la década de 1870. El debate sobre la municipalización de los cementerios, y por ende su pérdida de carácter sagrado, encontró un momento de calma durante el conflicto de la Guerra del Pacífico, pero una vez terminada la contienda, el Presidente de la República, Domingo Santa María, se encargó de dictar, el 11 de agosto de 1883, el decreto que legalmente abría las puertas de los camposantos al entierro de disidentes o no creyentes en todo el país.³¹

²⁹ *La Estrella de Chile*, 3 de noviembre de 1867.

³⁰ *Ibid.*

³¹ Los pormenores de este período pueden revisarse en nuestro trabajo “De la capilla a la fosa común: El Cementerio Católico Parroquial de Santiago, 1878-1932”, en *Historia*, N° 27,

Fue en este mismo contexto de alteración político-religiosa que se procedió al cierre del Cementerio Católico de Santiago, inaugurado en julio de ese año y que representaba a la mayoría católica que no deseaba compartir su espacio de entierro en el Cementerio General.³² Este último recinto, ya se percibía claramente como un lugar propenso a ser secularizado por el Gobierno, situación que efectivamente aconteció después del decreto de agosto.

La prensa de la época mantuvo en muchas situaciones reserva sobre la delicada situación del momento, haciendo sólo referencias a las distintas posiciones que surgían al respecto, y silenciando de sus crónicas las romerías a los cementerios durante el día 1 de noviembre.³³

Sin embargo, manteniéndose la clausura del Cementerio Católico, no faltaron los defensores de esos derechos que se veían mancillados:

“El día de todos los santos en que todo el orbe católico se consagra a honrar la memoria de los muertos por medio de manifestaciones de piedad i de cariño, nos ha proporcionado la satisfacción de ver que, a pesar de las contrariedades que no tenemos ni queremos señalar, nuestro pueblo ha acudido en numerosas romerías al cementerio católico a orar por el descanso de las almas de los difuntos, cuyos despojos no están allí por la crueldad de una lei inicua, o mas bien, por maldad de los liberales impios que por asalto se han adueñado del poder”.³⁴

Los horarios de atención establecidos para el día de Todos los Santos y el día de los muertos, podían abarcar desde las altas horas de la madrugada hasta avanzada la tarde. El Cementerio General abría el día 1 de noviembre sus puertas a las cinco de la mañana y cerraba a la “hora de las oraciones”,³⁵ según lo difundían los periódicos proclives al Gobierno, los cuales sólo hacían consideraciones de mínima importancia sobre la romería al cementerio y los arreglos florales en tumbas y mausoleos.

Con el correr de los años y al solucionarse el conflicto entre ambos poderes: civil y religioso, los comentaristas entraron en mayores consideraciones

Santiago, 1993, 350 y ss. Las leyes dictadas por Santa María durante este período son conocidas bajo el nombre de “Leyes laicas”, ya que se encargaron de secularizar los cementerios, establecer el matrimonio civil y crear un Registro de identificación en manos del Estado y no de las parroquias como había sido antaño.

³² La clausura del Cementerio Católico fue la respuesta estatal al decreto excretorio del Arzobispado de Santiago hacia los cementerios laicos, es decir, de aquellos que la ley definía sujetos a la administración del Estado o las municipalidades. Cf. Marco Antonio León, *op. cit.*, 356.

³³ En esta línea se encuentran los editoriales y artículos del *Estandarte Católico*, del 1 y 2 de noviembre de 1883.

³⁴ *El Chileno*, 2 de noviembre de 1884.

³⁵ *El Ferrocarril*, 1 de noviembre de 1885.

sobre la visita anual al cementerio, con crónicas que mostraban la profunda emotividad de las diversas situaciones que se sucedían en ese espacio, ya que aun los periódicos de fines del siglo XIX no incluían fotografías para ilustrar muchas de estas escenas.

Los preparativos para la festividad de los muertos se iniciaban desde la semana anterior al 1 de noviembre, actividades que debían registrarse para la memoria escrita:

“Entre otras sepulturas, las de algunas de los ilustres servidores del país en la pasada guerra llamaban la atención por el buen gusto de sus adornos, figurando en ese número la del almirante Lynch.

La sepultura del Cuerpo de Bomberos tiene como adorno una sencilla cruz formada de escaleras. Frente a estas dos tumbas se halla la del señor Allende Padín, que también ayer tenía completa su ornamentación

La novedad del día de difuntos será la idea que ha tenido la Comandancia Jeneral de Armas de honrar la memoria de todos los jenerales que ha contado la República y que yacen sepultados en el Cementerio Jeneral. A este respecto, se ha dispuesto que dos bandas de música acudan hoi al Cementerio i toquen allí marchas fúnebres, i que fuerzas del batallón Buin 1° de línea i del rejimiento de Granaderos a caballo hagan guardia de honor en las sepulturas de los jenerales”.³⁶

Junto con mezclar la celebración civil y la religiosa, se trató cada vez más de enfatizar el lujo y la ostentación de las tumbas, como símbolos de la preocupación familiar o, por supuesto, de la vanidad humana. Pero, además de este boato funerario, también hubo tiempo para expresiones sinceras de cariño, con tonos más humildes e íntimos:

“Sin embargo, al entrar al Campo Santo el alma se encoje a la vista de tantas desgracias que representa cada tumba, cada persona que se acerca a ellas a depositar una flor, una lágrima, una oración –todo es lo mismo–, cada ciprés dormido que parece que reza, cada flor que nace para morir, cada sauce llorón”.³⁷

La fecha no sólo era un mero punto de encuentro entre vivos y muertos, sino igualmente un potencial congregador de todos los sectores sociales ante el hecho ineluctable de la muerte, tema rehuido, pero imposible de borrar del imaginario colectivo. El testimonio literario no hacía más que ratificar las impresiones de la prensa. En este sentido, la novela de Augusto D’Halmar, *Juana Lucero*, también registraba los pormerores del ritual santiaguino:

³⁶ *El Ferrocarril*, 1 de noviembre de 1887.

³⁷ *El Chileno*, 2 de noviembre de 1906.

“De todos los barrios acuden gentes hacia el barrio blanco. ¡Es la pascua de los muertos! Este día los arbustos son despojados de todas sus flores y las frías lápidas parecen florecer, humedecerse, aromarse. Sólo tienen flores vivas los jardines del camposanto, aunque nadie se atreva a arrancarlas, pues se han nutrido en el fecundo seno de la muerte. Ante la morada de una doncella florecen las acacias blancas. (...) Se atropellan los *no me olvides* para embellecer el sepulcro de una madre y por todas partes muy mentirosas siempre vivas, irónico escarnio a la fragilidad humana”.³⁸

La presencia de los vivos debía quedar marcada mediante algún objeto físico que indicara la asistencia individual o familiar a la tumba. Este hecho, visible por todos, formaba parte de la “etiqueta social” que los sectores dirigentes respetaban tanto como a sí mismos. Por ello, si las tarjetas de visita eran una parte más del protocolo entre los vivos, no había razón entonces porque no fuese así entre los muertos:

“Verdad es que el 1º de Noviembre es el día clásico para los muertos. Las tumbas en su jeneralidad son retocadas y adornadas con flores y ramas de cipreses y coronas. Sobre las lápidas quedan infinidad de tarjetas que ostentan los nombres de aquellos que van a visitar en este día a los que se alejaron para siempre y el recinto se ve poblado de jente que piadosamente va a depositar sus ofrendas de recuerdo y cariño”.³⁹

Por lo demás, los aires mundanos no se encontraban ajenos al camposanto, pues a cada instante y en cada esquina el deseo de sobresalir y de buscar otros atractivos en el establecimiento se hacían más que mal presentes:

“Las muchachas miraban, esperando descubrir al pololo apostado en una esquina, tal vez junto a la casa solariega de sus mayores; las mujeres hermosas lucían su elegancia y su belleza; los viejos, con un triste mohín, eran como el chico a quien echan a acostar en medio de la fiesta y se acerca sin sueño a la cama, sintiendo que los otros sigan divirtiéndose; alguna viuda, aparatosamente inconsolable, acompañábase de cierto amigo que le ayudaba a transportar la corona, demasiado pesada, que trajo a su finado; alguna visita de ceremonia entró para dejar su tarjeta y volver a salir... Y todas las vanidades o pasiones atravesaban con ruidosa insolencia esa puerta que, en un día irremisible, deberán cruzar perennemente calladas”.⁴⁰

³⁸ Augusto D'Halmar, *Juana Lucero*, Editorial Nascimento, Santiago, 1973, 260.

³⁹ *El Chileno*, 2 de noviembre de 1909.

⁴⁰ Augusto D'Halmar, *op. cit.*, 262.

La "fiesta de los muertos" era el momento propicio del año para que las emociones respecto del "más allá", y de la posible vida futura, cobraran importancia para los habitantes de Santiago, quienes en esa oportunidad mostraban su devoción, su deseo de despliegue social o simplemente sus temores ante un acontecimiento que para muchos se aproximaba:

"Hoy es el día de los muertos. La gente acude a los cementerios a rendir un tributo de recuerdo y cariño a los que en vida estuvieron cerca de nosotros (...)

Nuestros cementerios presentan hoy un golpe de vista severo y hermoso que improvisa el espíritu: al pie de todas las tumbas la gente ora, vela el día entero, sumida en el recuerdo de los que se fueron".⁴¹

Las constantes críticas hacia los adornos onerosos fueron reiteradas durante todo el período, pero especialmente a fines del siglo pasado, donde las palabras de la Iglesia gozaban de un importante público receptor:

"... muchos sepulcros humildes, de aquellos que no tienen otro distintivo que una sencilla cruz de madera i el nombre del que allí duerme, se ven cariñosamente adornados de flores, 'simple tributo de amorosa fe' (...)

En cambio muchos opulentos mausoleos se ven desnudos, descansan allí, como olvidados, los muertos que fueron acompañados por largas filas de carruajes, que fueron despedidos entre discursos mas retóricos que sentidos, i cuyos ataúdes se vieron tapados por innumerables coronas de pomposas inscripciones –simple vanidad de los vivos (...)

La nada cruel, porque esto es simple nada, impone un gusto de cien, doscientos, quinientos pesos, a veces mas, empleados en coronas, a familias que a menudo necesitan de ese dinero para sí mismas –i que en todo caso podrían emplearlo en inversiones harto más útiles i necesarias para el alma del muerto".⁴²

Las mismas referencias se hacían en pleno siglo XX, cuando los arreglos florales parecían más bien una competencia entre familias:

"(hemos)... de tomar impresiones de tumbas y mausoleos que en este día del año se presentan en un concurso de arreglos de flores y guirnaldas, como si cada cual quisiera hacer más ostensivo su saludo a los muertos".⁴³

⁴¹ *La Nación*, 1 de noviembre de 1924.

⁴² *El Estandarte Católico*, 3 de noviembre de 1889.

⁴³ *El Mercurio*, 2 de noviembre de 1914.

El ánimo conmemorativo de la celebración convirtió a los cementerios en espacios públicos llenos de vida, pues al parecer fue normal que el resto del año las tumbas y mausoleos se encontraran solos y abandonados, situación que cambiaba en estos días, donde otra vez ambas ciudades volvían a convivir entre oraciones, música y alegría:

“... mausoleos, nichos, criptas y sepulturas en la tierra, cubiertos de un amplio y fresco manto de flores y los millares de visitantes vestidos de negro que circulaban lentamente para ir a detenerse frente a la tumba de los seres queridos, orar un instante y pensar después en la majestad de la muerte. Al pie de muchos sepulcros veíase también a más de un visitante arrodillado en el suelo

Las músicas militares hendían el aire con cortos intervalos, y las numerosas sociedades de obreros y de sobrevivientes de la campaña del Pacífico, que desfilaron con sus estandartes cubiertos de crespones, iban a visitar piadosamente el sitio en que reposan los restos de los que fueron sus compañeros.

A la caída de la tarde, comenzaron a despoblarse las avenidas del cementerio, y ya a las 7 y media los muertos volvían a quedar solos”.⁴⁴

El desplazamiento de la “ciudad de los vivos” a la “ciudad de los muertos” implicaba, por cierto, contar con los medios de transporte adecuados para dicha romería. La evolución de las comunicaciones y de la infraestructura necesaria para trasladar esa gran cantidad de personas que desbordaban los cementerios, se volvió con el tiempo una preocupación permanente. Ya desde fines del siglo pasado se hizo cada vez mayor mención a este tipo de acontecimientos, que provocaban los consabidos atochamientos y repetitivas quejas por parte de quienes asistían a las tumbas de sus difuntos.⁴⁵ Esto no era extraño si se piensa que los medios de llegada a los camposantos eran coches, algunos carruajes, tranvías, góndolas y “carros de sangre”, es decir, vehículos con tracción animal.

La modernización de la sociedad fue paulatinamente incorporando otros transportes como el automóvil y las bicicletas, pero de igual forma los problemas de congestión no se solucionaron. Aunque a veces la prensa destacó el uso organizado de los tranvías para un determinado año,⁴⁶ esa misma situación no siempre se reprodujo en fechas posteriores:

“La lluvia que desde ayer en la madrugada no cesó sino hasta altas horas de la tarde, no indicó a la Gerencia de la Empresa de Tranvías que lo más inadecuado

⁴⁴ *El Mercurio*, 2 de noviembre de 1909.

⁴⁵ *El Ferrocarril*, 3 de noviembre de 1891.

⁴⁶ *El Ferrocarril*, 2 de noviembre de 1908.

para el servicio de la movilización eran las góndolas. En efecto, todo el servicio al Cementerio General se hizo con acoplados de góndolas con las naturales molestias para los pasajeros que debían recibir de lleno el agua y el granizo. Por otra parte, no se concibe que la Empresa exponga a su personal en la forma que ayer ocurrió. Maquinistas y cobradores sufrieron las consecuencias del temporal, yendo en sus carros empapados por el agua y ateridos de frío".⁴⁷

Normalmente las líneas de tranvías que hacían el recorrido a los cementerios eran las números 7 y 8, que se encargaban de cubrir el circuito del Cementerio Católico y del Cementerio General,⁴⁸ logrando así comunicar a quienes no podían llegar con sus propios medios a los camposantos. Este fue un aspecto más de esa vida especial que surgió para tales fechas, y que la prensa se encargó de retratar fielmente:

"La llegada al Cementerio presentaba un animado aspecto: los automóviles, los coches, los tranvías, dábanle un aspecto de fiesta. El ir y venir de las jentes; el rodar incesante de los carruajes, todo llevaba al alma algo así como una querida alegría.

Los tranvías y carruajes depositaban allí oleadas de personas que se apresuraban a franquear los umbrales de la puerta del Cementerio, y luego después se diseminaban por las avenidas (...)"⁴⁹

Pero la masiva llegada de visitantes forzó a la autoridad a tomar medidas tendientes a organizar la situación; de allí que surgiese una reglamentación relativa al tiempo y a los espacios obligados de acceso a estos recintos, como un modo de facilitar a la población su "fiesta" personal del recuerdo. Los recorridos variaron a lo largo de los años, pero en general se mantuvieron las rutas principales de acceso:

"Los carruajes tendrán curso de ida y de vuelta por Independencia y Recoleta, entrando por la calle de los Olivos y siguiendo por la Avenida del Cementerio hasta la Necrópolis; de regreso saldrán por la Avenida del Panteón e Independencia unos, y otros, por Monserrate y Balmaceda a Recoleta y Cementerio Católico por Panteón; otros podrán salir por Avenida del Rosario a Independencia.

El tráfico por la Avenida del Rosario, entre Recoleta y Cementerio, está obstruido.

La Empresa de tranvías y alumbrado eléctricos ha ordenado que se ponga en circulación por las líneas que conducen al Cementerio Jeneral y al Católico, un

⁴⁷ *El Mercurio*, 2 de noviembre de 1914.

⁴⁸ *El Diario Ilustrado*, 1 de noviembre de 1925.

⁴⁹ *El Chileno*, 1 de noviembre de 1912.

número de carros suficiente para transportar el numeroso público que ha de necesitarlos.

Los tranvías saldrán de minuto en minuto de la calle de Santo Domingo, frente al templo de este nombre".⁵⁰

Por otro lado, el trayecto fijado por las autoridades militares y municipales para el año 1916 fue el siguiente:

"Cementerio General:

Ida: Por las avenidas de La Paz y del Cementerio.

Vuelta: Por las avenidas del Panteón e Independencia.

Cementerio Católico:

Ida y vuelta: Por la avenida de La Recoleta.

Del Cementerio General al Católico:

Por el callejón de la Unión.

Del Cementerio Católico al General:

Por las avenidas de La Recoleta, del Rosario y de La Paz".⁵¹

Para tratar de lograr una idea al menos aproximada de las motivaciones de esta "fiesta de difuntos", es preciso señalar que en la mayoría de los casos, aunque no en todos, esta festividad cobró las características de un *ritual mecánico*, es decir, de una actividad que sólo se realizaba para imitar lo que otro u otros hacían. Tal acción motivaba una reacción por parte de quien se veía inserto en un grupo social y debía, para cumplir con la etiqueta, sumarse a manifestaciones colectivas, fuese para reafirmar su pertenencia al grupo o para demostrar que había sido un buen receptor de la cultura heredada por sus antecesores. Esta situación es lo que Erving Goffman, explicando las formas de vinculación de la sociedad, ha denominado como "relaciones ancladas" o "fijadas", donde al reproducirse las acciones del prójimo, éstas terminaban por incorporarse al acervo cultural del individuo.⁵²

¿Es posible decir entonces que en este ritual mecánico no existió un lugar para el recuerdo sincero? Por supuesto que no, ya que las peculiaridades del ritual mecánico se hacían más identificables con los sectores dirigentes, aun-

⁵⁰ *El Mercurio*, 1 de noviembre de 1908.

⁵¹ Datos reproducidos en *El Chileno*, 1 de noviembre de 1916.

⁵² Erving Goffman, *Relaciones en público. Microestudios de orden público*. Alianza Editorial, Madrid, 1979, 195.

que tampoco sería correcto decir que sólo se presentó en ellos. En esto hay que moverse con cautela, pues una generalización apresurada puede llevarnos a pensar en una suerte de "hipocresía colectiva". Es cierto que tal hipocresía se hizo presente en sectores de la elite, pero no podemos dejar de reconocer que las convicciones más fuertes de recuerdo hacia los muertos venían muchas veces de personas pertenecientes a este estrato social, aunque ello siempre admitirá mayores matices.

Este panorama es el que percibimos a lo largo de los años, pues por lo común la majestuosidad se asoció indiscutiblemente con los grandes mausoleos de la "ciudad de los muertos", quedando siempre algún lugar en la prensa para la tumba de los pobres, como un recuerdo más de que el carácter original de este rito era rendir un homenaje a la memoria de los muertos, más allá de los medios económicos que los familiares pudiesen tener:

"Por eso adornamos, el día consagrado á los muertos, la tumba en que reposan sus despojos mortales y les visitamos; por eso la oración aletea en los labios y alienta la fé en el corazón".⁵³

Dicha idea no debía perderse entre aquellos intentos por desplegar lujos y poderío social:

"(En el cementerio). Allí miente el mármol, mienten los epitafios, miente el arte, miente el buril, el escalpelo, miente ¡horrenda profanación hasta el marfil de la Cruz: la cruz no miente, porque salvó al mundo, pero ella no era de oro, ni piedras preciosas, la Cruz que salvó al mundo era la Cruz de palo!".⁵⁴

Siguiendo esta línea argumental, se llega nuevamente a los constantes llamados de la Iglesia para que la visita a los muertos fuese realmente esto, una visita, y no sólo un hecho revelador de la pérdida del verdadero sentido religioso que tenía esta fecha.

En lo que respecta a los preparativos de la festividad, es bueno entrar a señalar algunas pequeñas consideraciones sobre los roles de ambos sexos en la visita al cementerio, lo que puede ayudarnos a ver esa otra "cara de la moneda" que siente normalmente un compromiso más profundo con la celebración. Para ello, el material gráfico que entrega la prensa del siglo XX, es un buen documento que ayuda a explorar las respectivas obligaciones, conscientes e inconscientes, que tuvieron las parejas en este encuentro anual.

⁵³ *El Diario Ilustrado*, 2 de noviembre de 1906.

⁵⁴ *El Diario Ilustrado*, 2 de noviembre de 1909.

No deja de ser significativo que en la mayoría de las imágenes que se reproducen con anterioridad a la festividad —donde se adornan las tumbas y mausoleos— sean casi siempre las mujeres, incluso las más aristocráticas, las encargadas de cuidar el aseo y ornato de los sepulcros. De ellas dependió que las tumbas provocasen una buena impresión y que, como gran premio a la preocupación, más de algún periodista se viese atraído para perpetuar los adornos sepulcrales en fotografías que de seguro encabezarían los periódicos al día siguiente.

Las mujeres, inconfundibles y uniformadas con sus mantos negros, fueron las transmisoras del buen gusto, de la sensibilidad y del acervo de sentimientos que debían plasmarse ese día en todo aquel que recorriese los pasillos de los cementerios. Desde el momento que escogían las flores, hasta el instante en que grupalmente asistía la familia al camposanto, su presencia era un elemento de importancia para quitar la amargura de la nostalgia o el temor hacia el esperado fin. Mausoleos monumentales, capillas sepulcrales, nichos subterráneos, tumbas de tierra e incluso la fosa común, se vieron engalanados por este tipo de ofrendas.⁵⁵

Respecto al papel de los hombres, puede decirse que es muy extraño encontrar alguna fotografía que los vincule directamente al preparativo floral de la tumba, salvo que existan otras situaciones como la reparación material de los sepulcros, por lo común a cargo de empleados. En los sectores bajos, ello implicaba una reparación personal, por lo menos para los nichos, ya que el resto de las otras tumbas de pobres eran sepulturas en tierra que no demandaban mayores cuidados.

El hombre fue el encargado de realizar propiamente, como jefe de familia, la visita del día primero, encabezando la entrada al respectivo camposanto y encargándose ya sea de orar, de arreglar la tumba a la vista de los demás o de dirigir la conversación con las personas conocidas, adquiriendo así el cementerio una connotación social de la cual carecía el resto del año. El jefe familiar debía aguantar, por tanto, el dolor, conseguir quizás los esquivos frascos de agua —que algún chiquillo, aprovechando la coyuntura, se encargaba de vender en ese momento—, y mostrar su entereza hacia los demás.

Por esto la afectividad femenina y la autoridad del hombre se combinaron, haciendo notar que hasta en este tipo de manifestaciones surgían diferencias y apoyos para la realización de una tarea común.⁵⁶ Puede ser que tal diferencia

⁵⁵ Buenos ejemplos de ello pueden encontrarse en *El Diario Ilustrado* del 2 de noviembre de 1905; del 2 de noviembre de 1909, y del 2 de noviembre de 1910. Asimismo, *El Mercurio*, 1 de noviembre de 1912; 1 de noviembre de 1913; *La Nación*, 2 de noviembre de 1923; 2 de noviembre de 1930.

⁵⁶ Sobre la importancia de las esferas de apoyo en los rituales, ver Erving Goffman, *op. cit.*, 79-81.

de roles no fuese tan marcada en las clases populares, pero por lo menos las pocas fotografías dedicadas a ellos por la prensa en estos días muestran gestos y posturas en esencia similares.

No debemos entender que las escenas antes explicadas sean sólo patrimonio exclusivo de las secciones más populosas de los cementerios, pues, en el caso del Cementerio General, también existió un momento de recuerdo colectivo hacia la sección dedicada para el Cementerio de Disidentes, mudo espectador del cambio de los tiempos:

“La gente pasa de largo ante una muralla fría que esconde un patio que se pierde entre altas murallas. Por entre las rejas de una puerta de ordinario cerradas se ven también tumbas y mausoleos. Allí parece que no hubiera ni sol ni aire, ni alegría ni tranquilidad. Es un sitio agreste donde los pasos se pierden en ecos sombríos, y donde sólo a veces llega una persona con un manojo de flores.

Sin embargo, en este día ha cobrado nuevamente vida”.⁵⁷

Punto igualmente interesante de recordar en este peregrinaje por los cementerios, es el aspecto institucional que asumió la romería anual, la cual reunía en mayor grado la necesidad de recuerdo colectivo por parte de una comunidad y la patente inquietud humana por sentirse perteneciente a un grupo, una institución o un gremio. Bajo tal categoría se encontraban las cofradías religiosas, con gran protagonismo en el Cementerio Católico, las Sociedades de Socorros Mutuos, el Cuerpo de Bomberos, el Ejército, las colonias extranjeras residentes y otras organizaciones que disponían de un mausoleo general para el descanso de sus miembros. Gracias a esto, se mantenía la idea de identidad y de pertenencia social a una corporación, además de ser en muchas situaciones una forma segura de contar con un nicho o un pedazo de tierra al momento de fallecer, aliviando así el dolor y malos ratos a los deudos.

En este sentido, las crónicas de los diarios se encargaban, a su vez, de comunicar a la comunidad el trayecto y los ritos de las correspondientes agrupaciones en su particular visita al cementerio:

“Las sociedades obreras se dirigirán en romería al Cementerio General para visitar las tumbas de su benefactor: Donato Millán y de los mausoleos sociales.

A las dos de la tarde se reunirán con sus estandartes enlutados en la Alameda entre Estado y San Antonio.

Trayecto: Alameda-Estado-21 de Mayo-Santo Domingo-San Antonio-Puente sobre el Mapocho-Recoleta-Balmaceda-Avenida del Rosario y Cementerio”.⁵⁸

⁵⁷ *El Diario Ilustrado*, 2 de noviembre de 1929.

⁵⁸ *El Ferrocarril*, 1 de noviembre de 1904.

Rutas como la descrita no eran las únicas, pero no es difícil darse cuenta que igualmente la zona céntrica de la “ciudad de los vivos”, se veía también afectada por los masivos despliegues humanos que catalizaban los camposantos.

¿Existió alguna interrupción en la cotidianidad de estas celebraciones? En ciertos casos, esta fecha se vio afectada por las secuelas de terremotos o por la presencia de las innumerables epidemias que afectaron a Santiago. En el año 1906, los desperfectos que el terremoto había dejado en el Cementerio General eran elocuentes:

“En el Cementerio General se notó ayer muy mal olor, parece que los desperfectos causados en las tumbas por el terremoto se hacen ahora sensibles”.⁵⁹

Y en 1917, la prensa no dejaba de advertir a los fieles el cuidado que debía tenerse con la reinante epidemia de viruela:

“... las alarmantes proporciones que ha adquirido la viruela nos hace predecir que este año no asistirá al Cementerio la concurrencia de otros, pues hay quienes temen al contagio, sobre todo cuando se sabe que el Lazareto de San José, actual hospital de los variolosos, está situado a una distancia muy corta del cementerio. A este respecto, el señor intendente de la provincia, don Pablo A. Urzúa, nos encarga rogar a las personas que vayan hoy al Cementerio General que lo hagan por la Avenida Recoleta y no por Independencia, pues por esta calle se conducen los variolosos al Lazareto San José”.⁶⁰

La festividad, como se puede apreciar, no podía estar exenta de las fiscalizaciones higiénicas ni del cuidado general de la comunidad, materias ya imprescindibles dentro de una “ciudad de vivos” moderna y cada vez más preocupada de la asepsia.

Sólo queremos, para cerrar este acápite, reproducir una breve crónica sobre las protagonistas destacadas de esta fecha, normalmente soslayadas, pero de una omnipresencia indiscutida hasta el presente: las floristas.

“Las casas de flores instaladas en el centro comercial han tenido durante estos días una extraordinaria venta, y hasta la tarde de ayer habían recibido numerosas órdenes para ramos, guirnaldas y coronas. (...) Debemos citar en esta ocasión los tradicionales puestos de flores de San Francisco y Santo Domingo, simpáticas ferias que durante todo el año proveen de flores a la capital”.⁶¹

⁵⁹ *El Diario Ilustrado*, 2 de noviembre de 1906.

⁶⁰ *El Mercurio*, 1 de noviembre de 1917.

⁶¹ *El Mercurio*, 1 de noviembre de 1921.

Las características esenciales de la celebración estudiada no se modificaron mayormente, por lo menos para el período que revisamos. Lo que sí apreciamos son cambios notorios en lo que podríamos denominar la "cultura material", es decir, aquellos que afectaron el transporte, la vestimenta, el tipo de tumbas que se adornaban y los arreglos florales, entre otros detalles. La "larga duración" de esta fiesta es una huella más de esas continuidades que se mantuvieron a pesar de las variaciones políticas e ideológicas de los años.

CONCLUSIÓN

Las características referidas a los distintos modos de asumir la festividad de Todos los Santos en Santiago permiten vislumbrar no sólo las variaciones sociales frente a tal acontecimiento, sino además una peculiar cosmovisión ligada con la piedad y el ascetismo cristiano, en un caso, y la ponderación de la fiesta como un ritual catártico y purificador de las penas, en otro. Por ello, los espacios de la muerte que canalizaron en la capital la visita anual a los difuntos, constituyen buenos ejemplos de que los estudios de historia social o de sociabilidad, si se quiere, deben involucrar también una necesaria valoración de los aspectos relacionados con la muerte, sus rituales y, por supuesto, las conductas colectivas que ésta ha generado a través de los siglos.

En esta vindicación de los cementerios como espacios de convivencia temporales, pueden apreciarse, en esencia, la permanencia de las costumbres relativas al culto funerario, así como las transformaciones inherentes a la cultura material de la ciudad, relación que en más de una oportunidad determinó la variación de las rutas de acceso a los recintos fúnebres, un cambio en las impresiones generales sobre los camposantos o la modificación de las escalas de espacio y tiempo que hasta entonces manejaban los habitantes de Santiago. La progresiva secularización, de hecho, experimentada en el Cementerio Católico —con la no obligatoriedad del pase católico y las nuevas construcciones desprovistas de simbología religiosa—, y la incorporación de pistas para automóviles en el Cementerio General, son una buena muestra de ello.

Por estas razones, hemos bosquejado a través de este recorrido por los cementerios de antaño sólo una parte del riquísimo material que aporta el estudio de la muerte y sus protagonistas en el escenario de la "ciudad de los muertos". Continuar en esta línea, es una invitación más a redescubrir lo que aún ignoramos del pasado.